

de poesías sueltas que engalanan á revistas del mérito de *Apolo*, por todas las cuales pasa un hálito de vitalidad conmovedora, apenas sombreada por tules grisáceos de pesimismo. Admirable paisajista, con su pluma consigue lo que ningún pintor con sus colores, pues no sólo describe sino que hace compenetrar con la naturaleza de sus inimitables perspectivas á todos los que saben leer sus brillantes rimas.

Creo que si tuviera más tacto en la colocación de los paréntesis filosóficos, á los que parece tan inclinado, y puliera ciertas asperezas que se notan en algunos consonantes, llegaría á ser el más delicado y al mismo tiempo profundo poeta de la tierra araucana.

GOSTA RICA

LISIMACO CHAVARRIA

A nuestra mesa de redacción en Buenos Aires—cuando cumplía en realidad mi dirección en la revista *Germen*,—llegaba puntualmente de Costa Rica una publicación semanal. Entre las demás de Centro América se distinguía por su admirable presentación y lo selecto de su material literario y científico, que hablaba muy alto en pro de la cultura de los costarricenses. *Páginas ilustradas* es la revista en cuestión y de ella tuve ocasión de ocuparme en *La Ilustración Andina*, para hacer resaltar las tendencias distintas que llevan los países latinoamericanos.

Entre los trabajos literarios que engalanaban las páginas de la revista centroamericana me llamaron mucho la atención las poesías firmadas por Lisímaco Chavarría, distintas de todas y con algo en ellas que me subyugaban; me entusiasmaron tanto que leía todas las que llegaban á mis manos insertas en publicaciones de América y España, siguiendo la carrera poética de su autor con el mismo interés que si de un amigo íntimo se tratase. En *Apolo*, de Montevideo, leí muchas y muy hermosas, que las tenía coleccionadas juntas con las aparecidas en *Páginas Ilustradas* y otras sueltas que había recortado de varias revistas con el objeto de ocuparme del poeta más adelante. Ahora que me propongo hacerlo, siento en el alma que los azares de mi bohemia me hayan obligado á separarme de esos preciosos datos; sin embargo, intentaré el esbozo, dejando para mejor ocasión un más profundo estudio de un poeta joven y lleno de vida, que se destaca como un árbol frondoso en la culta y hermosa Costa Rica.

Las poesías de este vate son una prueba más del vi-

gor demostrado por la América hispana en su despertar; demuestran elocuentemente el espíritu sano de nuestra joven literatura, cuya influencia es innegable en las letras peninsulares desde hace algunos años, como muy bien lo hace notar en un artículo el señor Miguel S. Oliver, en el cual se ocupa de «Las letras castellanas en el año 1907»; y son también la afirmación de que la poesía del Nuevo Mundo tiende á ser popular, sin preciosismos ridículos, pletórica de vida, como para levantar el espíritu adormecido de los pueblos que yacen como aplastados bajo el peso de una religiosidad que maldice de la vida.

No hay en sus poesías de amor más voluptuosidad que la que se siente, no esa refinada que crea el conocimiento de los placeres cupídicos, ni más filosofías que las que se desprenden de los rudos contrastes humanos; por todas ellas pasa un hálito de vitalidad como una racha pampera, las estrofas brillan en el engarce del verso como iluminadas por el ardiente y generoso sol americano, y aquí y allí, como chispazos, se elevan gritos del alma, de un alma virgen, llena de sana alegría, sin hastíos más ó menos reales, valiente y decidida como el alma indígena.

Así como Fernández Ríos y Falco sienten las nostalgias de las cumbres, Lisímaco Chavarría siente una sed infinita de sol, de abiertas campiñas pródigas y alegres; sueña y evoca las epopeyas de las razas indias, la muerta magnificencia de los imperios incásicos y aztecas, ofrendando sobre las tumbas de Moctezuma y los suyos, frescas guirnaldas de flores rimadas que sirven también para coronar la cabeza del sabio Manco-Capac, fundador del imperio poderoso de los incas.

Verdadera joya es su «Himno al sol» que aún recuerdo y que siente no tener á mano para intercalar aquí algunas de sus brillantes estrofas; el soneto «Asunto indígena» es una bella página que resucita un pedazo de la vida americana antes que el genio de Cristóbal Colón abriera sus playas á la civilización europea...; y así, como éstas, cien poesías más que andan de revista en revista por toda la América hispana y la Península ibérica, pues su musa, como hija de la fecunda tierra de Vespucio, es pródiga, brillante y robusta como su madre.

CUBA

JESUS CASTELLANOS

Cada vez que de un escritor de la talla de Jesús Castellanos se trata, se siente profundamente la escasez del material literario que nos dará la síntesis de una personalidad y la tarea de esbozarla en cuatro líneas se hace penosa, porque quisiéramos conocer los distintos matices y la evolución de su obra.

Hurgando en la biblioteca de un camarada, encontré «La Conjura», un grueso tomo editado en Madrid, que contiene la novela que le da nombre y cinco cuentos más: «Una heroína», «Cabeza de familia», «Naranjos en flor», «Idilio triste» y «Corazones son triunfos». Me lo llevé á casa con un poco de desconfianza, porque una nota puesta al pie de la primera página decía: *Primer premio de novela en los Juegos Florales de la Habana. 14 de mayo de 1908*; pero cuando en el Metropolitano, que corría como una lombriz de luz por los mágicos túneles, pude comenzar la lectura, tuve el consuelo de ver que el libro que llevaba conmigo era un excelente libro.

Jesús Castellanos es hijo de Cuba y, naturalmente, como todo buen hijo, quiere que en su casa reine la justicia, la tolerancia... El no ha buscado argumento para su novela en la agotada fuente parisién; él ha sabido encontrarlo en derredor suyo, al alcance de la mano, sin atormentarse el cerebro con manipulaciones complicadas para crear un enredo inverosímil de pasiones, parentescos... y toda la gastada tela de la novelaría popular; los personajes tampoco ha tenido necesidad de ir á cazarlos por los bulevares elegantes, por las tabernas de *La Villette* ó ir á arrancarlos de

algún antro de vicios monstruosos; él los halla entre sus amigos, en la calle, en el café, y sus idiosincrasias no son complicadas ni extravagantes: Augusto Román, un médico despreocupado que no le importa la sanción de los otros, que aspira á llevar una vida modesta consagrada al estudio, es un personaje simpático que cruza por la vida con un fardo de ilusiones y otro de dolorosas realidades; Don Próspero Villarín, su tío, un hombre de buen fondo, arraigado á las viejas ideas prácticas, que quiere encarrilarle por lo que él entiende *buen camino*; *Guapa*, su querida, el perfecto tipo de la hembra sensual; Doña Concha, la vieja rufiana que trafica con el cuerpo de su hija; Joaquín Morrell, un abogado de corte criollo, hinchado, vanidoso, buen muchacho en el fondo, que quiere hacer fortuna por el medio más fácil y corriente en América: el casamiento; Margarita, delicada muchacha que no se aviene al medio ambiente en que su posición social la ha colocado; Luz O'Brien, la semiinglesa, un tanto masculina, que sabe de todo un poco... los personajes todos bien caracterizados.

Augusto Román lucha encarnizadamente contra la mojigatería de la sociedad arrivista que le rodea, desprecia á los que le combaten en silencio, pero al fin cae vencido por la conjuración de todos, aun de los que él creía fuertes y leales y se retira del campo de batalla dispuesto á capitular y á entrar en el *buen camino* que tantas veces le señalara su tío.

«Una heroína» adolece de rebuscamiento, «Cabeza de familia» es una caricatura, «Naranjos en flor» una bella página romántica y superficial, «Idilio triste» un cuento sencillito, y «Corazones son triunfos» una valiente relación epistolar de una muchacha que siente el malestar de las adúlteras por haberse entregado á un marido que no ama, olvidando el juramento hecho á otro hombre que era dueño de su corazón y al que acaba por adoptar como amante.

En las confidencias de esta valiente muchacha que se ríe de los convencionalismos sociales, hay párrafos convincentes: «...Y bien, chica; yo no sé si lo que hoy hago será bueno ó malo en los códigos de la moral. Tal vez algún necio llame á eso llanamente un *adulterio*. Se ha abusado mucho de esta palabra indecente. Mi corazón, en cambio, me dice que he procedido con generosidad y con valor. Algún adulterio, sí, pesa sobre mi alma con remordimiento; pero fué el otro, en que engañé al hombre á quien amaba, entre las consideraciones de una sociedad cómplice: esta es una rehabilitación ante mi propia alma rebelde; me parece, al po-

nerme en falso ante la sociedad, que pago una deuda sagrada.

«Mi mundo, tú lo sabes, no es este escenario triste é hipócrita, donde se sofocan las pasiones para que vivan algunos estómagos de más.»

Cuando terminé de leer este libro sentí no poder abrazar á este gallardo escritor que con tanta audacia defiende en Cuba los nuevos ideales de la Vida.

Ha publicado, en 1902, una serie de siluetas políticas bajo el título de «Cabezas de estudio», y más tarde una colección de cuentos «De tierra adentro».

Tengo la convicción de que Jesús Castellanos será, si no lo es ya, el primer novelista de Cuba.

FELIX CALLEJAS

Con motivo de los juegos florales celebrados en la Habana el año pasado, llegáronme dos de los trabajos presentados, los cuales, según se desprende de sus prólogos, fueron rechazados sin leer por un jurado profano en las cuestiones del divino arte de Homero. Uno de ellos se titulaba «Vox Patriæ» y su autor era el ya conocido poeta Félix Callejas.

La lectura del poema fortaleció la opinión que tenía formada sobre este vate cubano, del cual conocía algunos trabajos sueltos aparecidos en revistas del continente, quizás reproducidos de publicaciones de la gloriosa isla.

Duéleme mucho el no tener otra muestra mayor ó más heterogénea del talento de Callejas, pues hubiera deseado, como á todos, interpretar su alma de artista en todas las manifestaciones en que le es dado mostrarse, pero como adivino que en este canto á la patria el poeta ha hecho vibrar las más delicadas fibras del sentimiento, movido las más sensibles de su corazón, pulsado las más armoniosas cuerdas de su lira y arrancado las mejores chispas á su cerebro, no titubeo en emprender mi tarea seguro de que este poema resume las distintas fases en que puede presentarse su autor.

Un poema á la patria, cuando el cantor siente arder todavía en el pecho la pira del entusiasmo por esta palabra llena de dolor y de sangre, debe, por fuerza, haber exaltado la imaginación y las pasiones del vate que abraza la dorada lira para entonar un himno á las glorias de la tierra; por esto quizás, el poema de Callejas, aunque empieza con una invocación, y se reuerce dolorido en un principio, tiene las ampulosidades, perdonables por cierto, de los que hablan de las cosas queridas.

¡Señor, hacia ti llegue nuestra plegaria triste,
para que de la tierra fecunda que nos diste
arranques las ocultas simientes de discordia

y para que nos brindes la bienaventuranza!
¡Señor, en ti ponemos la última esperanza:
vuelve hacia aquí los ojos de tu misericordia!

Tal la portada del poema. La tristeza del patriota que ve á su amada tierra en trances difíciles, que no espera ya nada de los hombres y que en su desesperación pide la clemencia del cielo, todo esto muy sentido, muy natural y muy bien dicho se encuentra en esa estrofa que es como un permiso á Dios para empezar el relato de los infortunios y las glorias de la patria.

La descripción que hace de la isla antes de la conquista es una verdadera pintura maestra, su pluma se transforma en mágico pincel y hace surgir del bravo mar Caribe:

Las costas de zafiro, los bosques de esmeralda,
resplandecientes joyas...

Cuando habla del histórico momento en que las naves de Colón tocaron las doradas arenas del nuevo continente, dice, interpretando el significado de semejante hecho:

Tocaron en la playa las misteriosas naves
con paso vacilante, como rendidas aves
que ya exhalar quisieran su postrimer aliento.
¡Tocaron silenciosas en la desierta orilla,
y al choque imperceptible de la insegura quilla
debió sentir la América un estremecimiento!

Lo bárbaro de la dominación, el grito de la esclavitud que se ve libre después de dura prueba, está en la siguiente estrofa:

¡Si sospechó la América en aquella mañana
cuando vibró el acento de Rodrigo de Triana
todo lo que decía aquel grito de ¡Tierra!,
prendiendo sus volcanes, desbordando sus ríos
y lanzando sus hombres salvajes y bravos
debió haber contestado con un grito de guerra!

Duélese después de la nueva vida que se impuso á los indígenas, antes libres como los pájaros de sus selvas vírgenes; tiene un anatema para el trabajo tal como se efectúa, y aunque hay mucha tristeza en el verso, no deja de entreverse una maldición para el Progreso, portador de los hierros esclavizadores, en este pasaje:

Y la Industria trajeron y en bregar afanoso
le trocaron al indio su indolente reposo
y las suaves caricias de sus blandas faenas;
y las nuevas ciudades fueron tristes encierros,
y aquel ruido de fraguas, y aquel ruido de hierros
era como un continuo arrastrar de cadenas.

No tiene, como la generalidad de los poetas patriotas, una bélica exaltación al hablar de la lid libertadora; con cuatro trazos describe las jornadas de la independencia y luego, satisfecho, generoso y agradecido, olvida la sangre derramada, las riquezas robadas, la raza destruída y tiene para los conquistadores palabras de amor sincero que prueban elocuentemente que el espíritu de confraternidad hispanoamericana existe en todos los corazones buenos; esto lo prueba:

Mas, nobles, olvidemos que los hijos de España,
en ya remotos tiempos, con vengadora saña
clavaron sus aceros en nuestros corazones.
¡Decir de nuestros padres oprobio fuera mengua,
que de ellos aprendimos, sonora, nuestra lengua
y de ellos heredamos la sangre de leones!

Termina invocando la protección divina para conservar la querida libertad que tanto costara á los hijos de Cuba y hay en ella una dolorosa inquietud que conmueve hasta á los que, como yo, tenemos un ideal que no reconoce fronteras. Sus vecinos sajones, indudablemente no le inspiran mucha confianza; las pasiones que toman cuerpo en el corazón del país conmovido á diario por revoluciones, hace temblar al generoso bardo por el porvenir de su querida isla, y como su confianza en los hombres parece haberse perdido, como en la portada de la obra, implora la justicia del cielo:

¡mientras no se detenga del agua la corriente
ni el sol su lumbre apague, Señor, eternamente,
déjanos que tengamos nuestra misma bandera!

Respecto á la técnica de sus versos, sólo puedo decir que en algunos las oraciones están defectuosamente formadas; por lo demás, la dulzura y la flexibilidad no se quiebra en ninguno.

Callejas es, con Carbonell y algunos otros, uno de los poetas jóvenes de Cuba que marchan á la cabeza del movimiento literario de ese país que ya lo tiene considerable y bueno.

JOSE MANUEL CARBONELL

Epoca la presente de amoldamientos incalificables y renunciaciones odiosas, todos los gestos que hablen de una voluntad, de un carácter, de un alma íntegra, son bellos gestos que merecen el aplauso de todos los corazones nobles incapaces de servir de *claque*, pero lo suficientemente generosos para no hacer de barreras.

Dentro de la corrupción universal del periodismo, que en todas partes es incubadora de odios, bombo de poderosos, escala de pillos y abismo insaciable donde caen todos los que aportan con sinceridad un pequeño esfuerzo en pro de su verdadera misión, una revista que, sobre tanta inmundicia, aparezca, no para azotar rostros que desconocen el carmín de la vergüenza, pero sí para educar los sentimientos y el cerebro del pueblo, es obra grande, obra noble.

José Manuel Carbonell dirige en la Habana una revista triunfante que, después de algunos años de lucha, se ha impuesto al pueblo cubano indicándole derroteros de verdad y de belleza, únicos caminos que llevan á la prosperidad y al progreso.

Letras llegaba quincenalmente á la redacción de *German*, valiente sin llegar al quijotismo, hermosa sin ser femeníl, educadora sin poses pedagógicas, guía de los muchedumbres sin pretensiones pastoriles. Las mejores firmas de América y España rubricaban sus páginas llenas de vida, y así, firme y recta como una pirámide, la revista ha triunfado; hoy aparece todas las semanas, y... ya no es lo que fué.

Carbonell es poeta; últimamente se presentó á disputar el primer premio en los Juegos Florales, y á raíz de la injusticia del Jurado, publicó su composición pidiendo el veredicto popular. Envióme Carbonell su hermoso folleto, en el cual volcara su inspiración fecunda para cantar las glorias y las penas de su patria, y aunque el modo de encarar el asunto chocaba con mis ideas, la hermosura de la forma y los sentimientos generosos que encerraba cautiváronme, y envié á Carbonell un sin-

cero aplauso á través de la distancia. En las otras poesías tuyas que he leído en *Letras*, su espíritu valiente, que tiene también languideces, hijas de las alternativas de la lucha, ha palpitado siempre como un corazón aprisionado en las mallas de oro de un soneto, de un madrigal ó de un poema. La brega muchas veces hace esconder la cabeza entre las manos y pensar; se descubre en muchos de los versos de Carbonell que los azares de su campaña le han hecho apoyar las sienes en los puños crispados, pues, entre el almíbar de las rimas he descubierto rastros de amarga hiel. Filósofa con serenidad; no ha llegado al pesimismo fronterizo de Schopenhauer ni á la parsimonia y cristiana resignación de cualquier llorón pasado de moda; como poeta que es, ama la vida, pero la quiere hermohear con todas las fantasías de su numen, pues ha descubierto en sus momentos de concentración espiritual que la vida presente, y á causa de los hombres, guarda mucho lodo y mucha maldad todavía.

El triunfo de Carbonell con su revista *Letras*, además de hablar muy alto de sus cualidades intelectuales, es una demostración de que los pueblos, más los de América, no son indiferentes ante la belleza, que tienen también corazón para sentir y cerebro para pensar.

Puesto que el periodismo es el retrato fiel del carácter colectivo de los pueblos, hay que decir que en Cuba existe un pueblo culto, abierto á todas las sensaciones artísticas, desde el momento que ha propiciado el triunfo de una revista como la que dirige Carbonell.

COLOMBIA

LUIS C. LOPEZ

El barbero del pueblo, que usa gorra de paja,
zapatillas de baile, chalecos de piqué,
es un apasionado jugador de baraja,

que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.
Lector infatigable de «El Liberal». Trabaja
alegre como un vaso de vino moscatel,
zurciendo mientras limpia la cortante navaja,
chismes, todos los chismes de la mística grey.

Con el señor Alcalde, con el veterinario,
unas buenas personas que rezan el rosario
y hablan de los milagros de San Pedro Claver,
departe en la cantina, discute en la gallera,
sacando de la vida recortes de tijera,
alegre como un vaso de vino moscatel.

Este soneto lo sé de memoria; lo he aprendido á fuerza de oírlo en boca de mi hermana, que nunca me dijo su procedencia, aunque en la hora en que escribo las presentes líneas estoy convencido de que fué copiado de alguna de las muchas revistas que recibía de Colombia, de donde es su autor.

Cuando se me encargaron las semblanzas estas, sentí de veras no saber el nombre del poeta que había escrito tan sencillo, original y hermoso soneto, pero un día leí en *La Lectura*, de Madrid, el *Índice de libros americanos*, que publicaba Ugarte, y en él encontré: «El poeta colombiano Luis C. López ha hecho editar en Madrid su libro *De mi villorrio*, y de él se han ocupado ya muchas revistas. Por eso me limito á decir que se trata de un escritor joven, talentoso y audaz, cuyas preferencias le llevan á esbozar cuadros pintorescos que tienen, á veces, un sabor único». En seguida transcribía el soneto que endosela á este esbozo.

Cuando llegué á París pedí las obras de López á Ugarte y con ellas delante estoy ahora después de haber leído y releído el ya nombrado «De mi villorrio» y «Posturas difíciles».

Se cuenta que Rubén Darío, después de haber oído recitar una de las más originales poesías de este colombiano, exclamó lleno de entusiasmo:

—¡Admirable! Es un gran poeta, indiscutiblemente un gran poeta. Ante estos muchachos que vienen, percibo la sensación de que ya voy pasando de moda y que en breve, tal vez, Lugones y yo seremos del número de los clásicos.

Casi le doy la razón al padre de «Prosas profanas».

Luis C. López es quizás uno de los pocos innovadores entre los poetas nuevos de América; los temas son muy suyos; el léxico expresivo, brutal á veces, pero siempre de una realidad deslumbradora, es rico, flexible, sonoro... es un paisajista admirable, es un psicólogo sutil y es un ironista terrible. De su primera cualidad da una acabada idea «Desde mi predio»:

Divide el cromo una encina venerable.—Un vespertino silencio de campesina paz humilde.—Hay un molino rojo, una verde colina y en el fondo azul marino como en una cartulina postal, se aleja el camino... Después, por el otro lado, el remiendo inesperado de un alegre caserío, la epilepsia de un torrente y la escamosa serpiente tornasolada del río...

El soneto que figura de portada es una muestra de lo segundo, que si no bastara puede agregarse á *Un caso*, *El trashumante Mateo* de «Posturas difíciles» y *El zagalón de Pepe* y otros de «De mi villorrio». En cuanto á su ironía corre ella por todas las páginas de sus libros, dando matices inesperados y abrochando versos con pensamientos agrídulces que á veces dan la sensación de un latigazo, otras las de una ducha fría... Ved algunas:

La emigración desborda su miseria en la rica población, manchando el bulevar. Maldita horda la de la emigración, que no deja que pase un caballero de porte señorial,

luciendo alto sombrero y olorosa gardenia en el ojal.

... ..
Los labradores, camellón abajo retornan fatigosos del trabajo, como un problema sin definición. Y el dueño del terruño, indiferente, rápidamente, muy rápidamente baja en su coche por el camellón.

Tarde de verano, ningún lector puede imaginarse el final:

La sombra que hace un remanso sobre la plaza rural, convida para el descanso sedante, dominical... Canijo, cuello de ganso, cruza leyendo un misal, dueño absoluto del manso pueblo intoso, pueblo asnal. Cifñendo rica sotana de paño, le importa un higo la miseria del redil. Y yo, desde mi ventana, limpiando un fusil, me digo: ¡Qué hago con este fusil?

El atrevimiento y el grafismo de las comparaciones completamente nuevas, que ya aparecen en buen número en «De mi villorrio», se acentúan en «Posturas difíciles», llegando á usar palabras y figuras que escandalizarán, sin duda, á todos los que pretenden hacer de la poesía una especie de humo de incienso que suba á la *región azul* y deje al *grosero y transitorio mundo*; he aquí uno que no es de los más atrevidos:

Ni un chopo ni un cortijo. Y bajo el puente de bejucos, que finge áspera ceja, se abre con sueño el ojo del pantano.

Yo aplaudo esta poesía sincera, espontánea, ruda si se quiere, pero que tiene el supremo encanto de la inocencia y da la sensación de algo primitivo, sin malicia, sano y noble.

Antes de dar por terminadas estas líneas, no quiero dejar de decir que en muchas poesías de Luis C. López se nota una gran influencia del pesimismo alegre de Bartrina. Véase sino:

Quise, buscando un poco de pureza, desprender una flor, ¡y cogí la cabeza tornasolada de un camaleón!

La misma del joven poeta catalán que dice así:

Huele una rosa una mujer hermosa
y aspira los perfumes de la rosa;
¡la huele un infeliz
y se clava una espina en la nariz!

Estos cuantos versos, encontrados por casualidad en «Posturas difíciles», confirman plenamente mi afirmación:

¡Qué cosas en el proscenio
risible de la creación,
que muchas veces un genio
depende del comadrón!

Nos promete una novela, «Los indefensos».

PEDRO SONDEREGNER

Las manifestaciones actuales de los pueblos jóvenes, generalmente, son el resultado de un exaltado patriotismo—en la verdadera, racional, acepción de la palabra,—hijas del entusiasmo de la sangre nueva, de corazones generosos y de almas primitivas abiertas á todas las sensaciones.

Cuando los poetas cantan, y, sobre todo, cuando cantan á la madre Tierra, al padre Sol, á la Vida, al Amor y á la lucha, la juventud sana, esa juventud que tiene ansias de vivir y de gozar, palpita en las estrofas como una gran arteria pletórica de savia vital. En donde cantan estos poetas se sienten deseos de superación, de progreso, de elevación moral é intelectual.

La América latina, que se ha lanzado con una seguridad admirable á la conquista de todos los progresos materiales y espirituales, puebla sus bosques vírgenes y sus pampas fecundas de dulces endechas amorosas y vigorosas canciones al porvenir, que sus bardos entonan desde el Estrecho de Magallanes hasta las fronteras de Méjico, y que se eleva hasta los más altos picachos andinos, como un colosal himno de esperanza y de amor.

El lirismo triunfa en América.

Entre la espléndida floración de poetas nacidos entre las lianas salvajes del suelo americano, surgen aquí y allá, tímidas, y como los primeros brotes de una floresta futura, las corolas blancas, graves, con gravedad religiosa, con blancura de nieve, de las flores del pensamiento elevado, frío, impasible.

Pedro Sonderegner, hijo de la que podríamos llamar clásica Colombia, es una de estas flores de cumbres nevadas, no raras ya, pero todavía escasas en las tierras de Colón.

Cuando, desde Santiago de Chile, me envió su «Crítica del genio», que es un breve pero concienzudo y atrevido análisis, me convencí de que Pedro Sonderegner era un pensador más que un artista, uno de esos pen-

sadores que buscan en su cerebro la explicación de lo que les sugiere la vida, y que, á pesar de ser ilustrados, no hacen uso de esas galas prestadas sino para fortalecer con opiniones aceptadas lo que sería difícil hacer aceptar si se presentaran en público sin más traje que la sutil malla de arte con que viste sus ideas.

En Buenos Aires, donde nos estrechamos las manos, me leyó algunas hermosas poesías de cuando él era más joven (cuenta veinticuatro años), y me confesó que, aunque no desdeñaba la literatura en sí, prefería sorprender los secretos de la vida y arrancar los misteriosos velos de la filosofía.

Ultimamente escribió en *La Nación* una serie de artículos sobre «Los fraccionarios», que aparecerán reunidos en un tomo que está en prensa ya, en los que estudiaba la obra intelectual de poetas, filósofos, pintores, etcétera, desde un punto de vista psicológico, muy novedoso y bien pensado (1).

En Colombia publicó una novela: «El cóndor», que no pude leer por estar agotada la edición y no poseer ningún ejemplar su autor. Tiene en preparación un libro que llevará por título «Eulogía del amor».

Pedro Sonderegner es de los llamados á triunfar; tiene un cerebro sano y bien nutrido, es trabajador y perseverante.

(1) Acabo de ver el tomo «Los Fraccionarios» de P. Sonderegner. En él se ocupa de la labor filosófica de La Bruyère, Pascal, Marco Aurelio, La Rochefoucauld y Leonardo de Vinci; en todas estas ligeras semblanzas hay solidez, atrevimiento y seguridad; aprovecha el autor las ocasiones que se le presentan para derramar sus propios pensamientos. Este libro afirma más fuertemente el talento y la erudición de Sonderegner. (N. del A.).

MÉJICO

ROBERTO MONTENEGRO

Hablando hace pocos días con un conocido cronista americano sobre lo que produce el arte á sus cultivadores, me decía que hoy está tan mal encaminado el gusto del público, que sólo pueden vivir aquellos malos artistas que acarician los lomos del monstruo moderno que se llama democracia y que á veces se confunde con el *plebeyismo*, una finalidad que podría ser actualmente como otra cualquiera la bandera de un partido político más ó menos sincero. Algo de exageración hay, indudablemente, en tal afirmación, pero no puede negarse que tanto en literatura como en las demás artes que cultiva el moderno espíritu humano, el triunfo muchas veces es para los más malos, para aquellos que saben condimentar con lo propio la sopa popular.

Roberto Montenegro, joven pintor mejicano, y, más que pintor, exquisito dibujante de filiación completamente personal, es de aquellos artistas con almas de hierro que no sacrifican un ápice de su personalidad á banales conveniencias de momento y sabe martillar con tesón sobre todas las durezas que encuentra en su camino sin apartarse jamás de sí mismo ni dejar los dominios del arte puro y verdadero.

Cuando le visité, llevado por una curiosidad infantil nacida en las habladurías un tanto misteriosas que en ciertos círculos se escuchan, y por el algo extraño que tienen todos sus dibujos, recién llegaba de Madrid cubierto con la gloria de ser amigo íntimo de las más grandes figuras artísticas y literarias de la capital de España. El pequeño círculo de intelectuales españoles había comprendido toda la belleza y valentía que ence-

rraba el arte de Montenegro, y durante el año que en Madrid vivió, fué el ilustrador obligado de cuanto libro de poesías importante vió la luz en la real villa.

París le ha sido ingrato. Su cartera de artista, repleta de trabajos, así ha quedado porque las revistas populares no pueden dar cabida más que á lo que gusta al grueso público y como el grueso público no entendería ó no gustaría de los dibujos de Montenegro, ellos quedan para desfilar triunfalmente ante los ojos de los entendidos.

A pesar de los elogios que lo mejor de la prensa europea ha vertido sobre el talento de este dibujante mejicano, como queda dicho, no tiene cabida en la frivolidad un tanto verde de las revistas parisienses; no obstante esto, el director de *Le Temoin*, comprendiendo el verdadero valor artístico de sus dibujos, quiere premiar sus esfuerzos y, como no podría hacerlo dándole un lugar en esta revista, publicará un álbum con una serie de ellos prologados probablemente por *Anatole France*.

Montenegro se caracteriza por dos cualidades sobresalientes: la variedad y hondura de los pensamientos que le inspiran, lo que le coloca en inmejorable situación para interpretar el alma exquisita de los poetas y la limpieza, seguridad y elegancia de sus líneas, que tienen flexibilidad felinas y perezas verdaderamente aristocráticas.

Las mujeres que pinta Montenegro tienen mucho de los cuadros antiguos, mucho del lineamiento oriental, mejor indostánico que chino y una elegancia un tanto masculinizada, con mucho de la estatuaria griega en cuanto á formas efébicas.

Mostróme un alfabeto alegórico recientemente empezado, en cuyas letras había un motivo inspirado en la palabra más importante que con tal letra empezase y me quedé sinceramente admirado de su exquisita inspiración. La letra B, correspondiente á la palabra *belleza*, representa una hermosa mujer que ve su calavera reflejada en un espejo; en la C, correspondiente á *castidad*, vese un cuerpo de mujer fuertemente ligado, y en la F, de *fatalidad*, un armado caballero ciego que deja caer la espada sobre un cadáver; de todas las que tiene hechas, esas tres son las que más me impresionaron por la profunda filosofía que encierran, por su extremada delicadeza y por el verdadero amor que ha puesto en la ejecución.

Su extremado detallismo, propio más de un miniaturista que de un dibujante, no resulta por eso pesado y mortificante, pues tiene el talento suficiente para no dar tal impresión en sus cuidadosas filigranas. Es, á

pesar de esto, y aunque parezca paradójal, un amante de la sencillez y la parquedad en los detalles y él lo hace dentro de lo que su estilo decorativo se lo permite.

Para el futuro álbum tiene una colección con asuntos completamente nuevos y sentimentales, con algo de la rigidez egipcia y rodeados de cierto ambiente misterioso y extraño. Hay un desfile de jardines ideales, donde parece escucharse la flauta de Pan y donde la imaginación cree ver las fiestas á que se entregaban los faunos y las ninfas; hay retratos de princesas reales que tienen toda la frialdad de las cosas sagradas, hay mujeres históricas, que llevan un crepúsculo trágico en las pupilas ó una lontananza de ensueño en las ojeras, todas de una gravedad egipcia, de una concepción genial que según lenguas ligeras débese á ciertos maridajes con los demonios de Baudelaire, pero que yo atribuyo al refinamiento de su espíritu sutilizado con un estudio asiduo, una observación continua, sus viajes á Oriente y sus predilecciones personales en las que se vislumbra mucho del atavismo, una tara de buen gusto que le legarían indudablemente sus gloriosos antepasados.

Con Montenegro son dos ya las glorias de su género que nos da la fecunda tierra mejicana.